

La experiencia y el tiempo de la creación siendo fiel al origen **M^a ELISA VARELA RODRÍGUEZ**

Quiero tratar el tiempo de la creación acercando mi experiencia en el trabajo como historiadora y docente sin perder el punto de vista del origen.

Pero, ¿qué es el tiempo?¹ Podía contestar, con María Zambrano, el tiempo es el medio donde se hace la persona, donde se realiza. La vida humana es la confluencia de la persona en lo que tiene de inmóvil y del tiempo. Cada criatura humana tiene el tiempo, sus múltiples tiempos.²

El tiempo³ -la temporalidad- es una experiencia intensa, cierta, no monótona y de relativa complejidad, una experiencia paradójica⁴ que crea extrañeza y perplejidad.⁵ La experiencia del tiempo siempre se hace en el presente y, por tanto, el tiempo de la experiencia es el tiempo presente.⁶

Sabemos que el tiempo es y que existe porque experimentamos su paso, sus efectos tanto en nosotras como en las y en los que nos rodean, y también en lo que nos rodea. Es decir, sabemos que el tiempo es, pero no sabemos qué es, porque cuando lo queremos considerar de cerca parece que no existe: adopta siempre la forma⁷ o de un pasado que no es, o de un ahora que no es, y que no tiene sustancia, o de un futuro que será, pero que aún no es.

Es fácil mostrar el paso del tiempo, pero es difícil hablar del tiempo.⁸

Es difícil explicar qué es el tiempo,⁹ porque el estilo y manera de concebirlo, organizarlo y vivirlo es el reflejo de cada sociedad y de cada cultura.

En Grecia¹⁰ disponían de diversos términos para nombrar el tiempo, en la actualidad disponemos de una sola palabra para referirnos a la temporalidad. Los griegos se referían al tiempo con el término “kairós”, con el término “cronos” y con el término “aión”. Kairós era el tiempo en el sentido específico de momento oportuno, de coyuntura favorable, es decir, kairós era el tiempo de la oportunidad, de la ocasión.¹¹ Kairós es el momento presente caracterizado por una calidad y un estado de conciencia que lo dotan de un contenido y no de otro.

En cambio, cronos era el tiempo entendido como transformación permanente de lo concreto. Cronos es el tiempo del cambio permanente, es el peso de la existencia, es el transcurrir temporal que todo lo devora –como el dios Cronos devoró a cinco de sus seis hijos–.¹²

Aión era el tiempo de la duración de la vida, recogía así la idea de generación en tanto que tiempo específico que da sentido a la vida humana y la acoge.¹³

En Grecia se reflexionó mucho sobre el tiempo, pero la sociedad griega estaba libre de las ataduras de un tiempo pensado de manera cuantitativa.

Más tarde, el pensamiento cristiano consideró que la historia era como una línea evolutiva que comenzaba con el nacimiento de Cristo y se acaba al final de los tiempos. Y el tiempo como consecuencia se entiende en este pensamiento como un devenir lineal y se concibe como algo cuantitativo.

Junto a las concepciones helénica y cristiana, en ocasiones combinada con ellas y en ocasiones opuesta a una u otra, se abre camino en los primeros siglos de la era cristiana una tercera manera de entender la temporalidad, la concepción propia de la gnosis y del gnosticismo.¹⁴ Para el gnosticismo el tiempo puede figurarse como una línea quebrada. El tiempo existe, es inorgánico, interrumpido y quebrado.¹⁵

A diferencia de la griega, la sociedad actual –heredera de algunas de las concepciones del tiempo cristiano- sí concibe el tiempo como algo cuantitativo, por ello nos dedicamos a observar el paso del tiempo, tal vez con la vana intención de “ganar tiempo al tiempo”. Pero cuanto más pienso, pensemos, en el tiempo, y cuanto más haga girar mis preocupaciones a su alrededor, más ligada estoy al paso de un tiempo vacío, que se evapora porque no existe por sí mismo.

Las actuales sociedades postindustrializadas contemplan el tiempo desde una óptica predominantemente cuantitativa. Sin embargo, otras culturas¹⁶ viven el tiempo –y, por tanto, la existencia- de manera cualitativa. Así, no se valoran tanto las horas pasadas, como lo que se ha realizado durante ese período, se valora cómo se ha ocupado y qué ha dado sentido y calidad a ese tiempo.¹⁷

Pero como ya he comentado más arriba, cada criatura humana tiene sus múltiples tiempos, y existen con frecuencia discordancias y conflictos entre unos tiempos y otros. La experiencia del tiempo –dicen algunas filósofas y filósofos- es una de las experiencias más corrientes de las criaturas humanas. El tiempo fundamenta y hace posibles nuestras experiencias.¹⁸

Para conocer un poco cómo intento yo conjugar los distintos tiempos en los que me realizo como ser humano en el mundo, encarnada en un cuerpo de mujer, trataré de acercaros mi experiencia del tiempo o de los distintos tiempos en los que transcurre mi existencia.

Mi vida como profesora de universidad y como investigadora marca la sujeción activa al tiempo. Pero, sé que debo sustituir la subordinación a los imperativos de nuestro tiempo –a la aceleración, a la multiplicación de los compromisos, a la competitividad, a la exigencia por la exigencia- por una plena conciencia del tiempo, de cada tiempo, del tiempo presente,¹⁹ e inventar prácticas de liberación y encontrar mediaciones que me permitan salir de los imperativos del orden dominante, muy alejados de los de la madre, y de su orden simbólico.²⁰

Modificar mi relación con el tiempo del patriarcado –el tiempo de cronos- que genera conflictos a mi ser mujer, significa modificarme yo misma, modificar mi forma de hacer y de relacionarme, y puedo conseguirlo cuando no me anclo en un punto fijo y busco el seguir contratando para existir. Tengo que saber hacer cuentas con la realidad, con la universidad, con Duoda, y conmigo misma, y hacerlas bien, sin hacer trampa.

Pero no puedo desconocer o menospreciar el poder del tiempo social del patriarcado, que no es un tiempo exclusivo, “no es el tiempo”, porque mi realidad y mi experiencia están hechas también de otros tiempos, el tiempo de la naturaleza o del cosmos,²¹ el tiempo de la vida, el tiempo social,²² el tiempo individual.²³

El tiempo de la vida no es el de los relojes y agendas –pero también lo es, esa es la contradicción-, por eso tengo que saber reconocer el exceso de poder y de espacio del tiempo social, para así poder restituir esa fuerza a las condiciones necesarias de mi existencia. Pero de mi existencia en el contexto de la universidad, de Duoda, y de mi existencia siempre en relación. Sólo así podré, como dice Luisa Muraro, retornar al intercambio simbólico con quien fue mi origen, para radicar aquí mi libertad.²⁴

Es necesario cambiar el sentido del tiempo para conservar el placer de trabajar y el sentido de lo que hago, sea preparar una clase, darla, hacer la comida, planchar, escribir un artículo, etc., y hay que tener valor y ganas de vivir para enfrentarse a este cambio.

Tengo que encontrar las mediaciones que me permiten no sentirme atrapada por los compromisos, por el perfeccionismo, por la necesidad de no decepcionar, ni decepcionarme. Tengo que buscar relaciones mediadoras entre los distintos tiempos de mi existencia, trabajar la contradicción que existe en la actualidad entre los tiempos de la vida y el tiempo de la creación vinculado en mi caso a la palabra y la escritura, como investigadora y profesora.

Consigo, muchas veces, un cambio de sentido del tiempo, y encuentro la

vía que me libera del tiempo secuencial al establecer relaciones significativas con las mujeres con las que trabajo en Duoda, y con algunas y algunos compañeros en la universidad de Girona, más en Duoda y bastante menos en el Departamento de Geografía, Historia e Historia del Arte de mi universidad. Porque en la vida diaria de mi Departamento se valora mucho más el tiempo para actuar, y mucho menos el tiempo para reflexionar, este se ha encogido considerablemente –algunas mujeres y hombres pueden pensar que ha desaparecido– en aquellos lugares donde teóricamente se reflexiona e investiga sobre las ciencias sociales y humanas.

Por esto tengo que impedir en mi Departamento que el tiempo de cronos –del patriarcado– quiera colmar mi tiempo de forma cuantitativa, fragmentándolo en las más variadas actividades humanas por la cantidad de tiempo que les dedico, y no por la intensidad de la actividad o la calidad del acto mismo: sea una clase, una reunión, una tutoría, el comentario de los exámenes.

Las relaciones más significativas para mí, he conseguido establecerlas en Duoda con algunas de las mujeres que forman parte de este espacio de pensamiento y práctica de la política de las mujeres; especialmente con Remei y Milagros, pero también con Núria Jornet y con otras mujeres de la comisión permanente, hemos logrado establecer relaciones en las que se acepta la disparidad y en las que se reconoce autoridad, y estas me devuelven el eco de la relación con mi madre, me restituyen mi origen, y consigo renovar, así, en el contexto de mi vida de investigadora de Duoda, el movimiento de llegada al mundo. Me permite recuperar energías, y llevar lo ganado conmigo a mis otros espacios de relación –especialmente a mi universidad–.²⁵

Lo importante de mi tiempo en Duoda no es cuánto tiempo, sino la calidad de este tiempo –esto es difícil de explicar a veces en las instancias universitarias y en otras instituciones–. Lo que cuenta no es la cantidad, lo que cuenta es que he conseguido establecer las relaciones y mediaciones necesarias para, casi siempre, encontrar el tiempo, en mi tiempo,²⁶ para hacer esto o aquello.

Sobre todo es en Duoda, donde me doy cuenta de que todo lo que tiene, para mí, más valor en mi trabajo –la docencia, la investigación- es fruto de un encuentro y de una relación, es esto lo que me permite recrear la vida, recrear lo que me había sido dado –el regalo de mi madre-, sin dejar que el tiempo entre en mi cuerpo, lo agote, porque, como dice Simone Weil, “trabajar cuando se está agotado es volverse sumiso al tiempo”.²⁷

Si con algunas mujeres de Duoda he establecido relaciones basadas en la confianza, ¿por qué es tan difícil conseguirlo en mi departamento de la universidad?, la primera respuesta es porque en Duoda hacemos mucho trabajo político, trabajamos las relaciones y los nudos que estas crean.

Me ha ayudado a entender y explicarme a mí misma las dificultades en mi hacer y estar en la universidad, entre otros, un elemento que siento que marca mucho las relaciones en mi espacio de la universidad de Girona. Este elemento, es la competitividad por la competitividad, y la aceleración subsecuente de los ritmos de trabajo, la subordinación, sin conciencia de ello, a los imperativos de nuestro tiempo,²⁸ tal vez sea un rasgo de una universidad joven -y espero que no sea un rasgo de los trabajos de muchas de las y de los que estáis aquí-, y también es el rasgo de un departamento aun más joven, muy grande y con mayoría de hombres. Departamento en el que muchas relaciones e intereses obedecen a la lógica del poder. También me ha ayudado a entender mi posición y mis dificultades el constatar que en la universidad –que es mi trabajo, mi lugar de la necesidad...²⁹ el lugar que yo he elegido, porque a pesar de las contradicciones y los conflictos, creo que es mi lugar, y es el lugar donde deseo estar– el constatar que en mi departamento muchos colegas y algunas colegas tienden a establecer –obedeciendo a la lógica dominante- relaciones de poder, más que relaciones de confianza. La universidad es un espacio difícil –no imposible– pero sí bastante hostil, para establecer hoy relaciones guiadas por la disparidad y la autoridad.

Las relaciones establecidas con algunas mujeres en Duoda me permiten retirarme un poco del tiempo del reloj, me permiten, como dice María Zambrano, “ensimismarme”, me acercan al ritmo más lento de la vida y a la

medida de mi cuerpo, y es en esta retirada, al tiempo en blanco, al vacío del tiempo,³⁰ donde florece el pensamiento.³¹

Esta temporalidad sin reloj es el tiempo de muchas de las reuniones de los grupos de investigación –el de la Biblioteca Virtual de Autoras Duoda, el del proyecto de Semblanzas femeninas-, y lo es también de muchas de las reuniones de la Comisión Permanente porque en estos tiempos dejamos siempre espacio a lo inaudito, a lo que acaezca. Esta se acerca más a mi experiencia de la temporalidad disfrutada con mis amigas y amigos, es el tiempo de los conciertos, del cine, y es también el tiempo de los paseos con mi perra Lula. Son a veces temporalidades cortas en extensión, pero intensas,³² porque son tiempos en los que la conciencia de su calidad es profunda. El tiempo transcurre con rapidez cuando una se escucha a sí misma.

Estas temporalidades conviven muchos días con el tiempo de los horarios –algunos forman parte de mi necesidad cotidiana– de RENFE, de las clases. Estos y otros tiempos sometidos a la rigidez de los horarios pueden ser atravesados si tomo conciencia del momento, del instante presente,³³ y transformarse en un tiempo cualitativo, un tiempo abierto, un tiempo que deje espacio para que acaezca algo. Así, la lectura –por cierto no siempre tranquila– de un artículo para una clase, o para algo que estoy escribiendo, o por simple curiosidad, placer o ganas de saber, en el tren me ha desvelado, al tomar conciencia de esa hora y cuarto, la calidad en ese tiempo.

Los horarios pautados de los días de clase dan paso –aunque no siempre claro– al atravesar el umbral de la puerta del aula y entrar en relación con mis alumnas y alumnos, a una dimensión cualitativa y no cuantitativa del tiempo. Esto es posible porque no me dejo arrastrar por el tiempo del reloj, el de la hora y media de clase de los martes, jueves y viernes, aunque este tiempo está presente, me someto a él, pero lo traspaso sin deshacerme en él, sin ser arrastrada por él, y cuando logro traspasarlo, se convierte en un tiempo de calidad casi única, de verdadero intercambio con mis alumnas y alumnos, y nace, así, la posibilidad de otra forma de tiempo, rico, realizado,

y mi vida, o mejor, instantes de vida como mujer universitaria, con vocación y amor al conocimiento, y espero que algunos de mis alumnas y alumnos pasen entonces –como dice María Zambrano- por el tiempo y aprovechen de él para realizarse sin dejar de ser en su raíz.³⁴

Es en estos momentos cuando mi experiencia me señala que he conseguido apartarme del tiempo de cronos, el de la eficacia, porque es un tiempo que solo no sirve, porque en él la creación se muere, ¿por qué? Mi experiencia me demuestra que el tiempo de la vida, el tiempo de la maternidad tiene varias medidas, es decir, varios tiempos que no entran en conflicto entre sí, pero sí entran en conflicto con el tiempo del patriarca, el de cronos, que no quiere salirse de su única medida. Los tiempos de la maternidad son al menos varios: el tiempo amoroso, suelto, del cuidado, un tiempo infinito, o eterno, sin horarios; el tiempo de la ocasión de kairós; el tiempo de cronos, concreto, secuencial y sucesivo, y el tiempo de la espera –es el tiempo de la inactividad, no cuantificable y cualitativamente orientado, y experimentado como límite–.³⁵

En la maternidad muchas mujeres consiguen que estas temporalidades no entren en conflicto abierto, tal vez se deba, en parte, a que tienen una clara conciencia de la calidad de cada uno de los instantes, de los lapsos de estos diversos tiempos. Porque “dedican el tiempo necesario”, el tiempo que les importa, un tiempo escogido –que no es el tiempo de la supervivencia–³⁶ a la relación con su criatura.

Yo puedo conseguir –y en Duoda lo consigo en muchas ocasiones y en mi departamento en menos- que los distintos tiempos de mi escritura y de la palabra en las clases o en las conferencias –que son mis creaciones- sea también tiempo escogido, tiempo señalado, sea el tiempo que me ofrece mi conciencia, y sea el tiempo de algunas relaciones significativas.

Pero mi experiencia me enseña que mi realidad, mi vida, que se va haciendo en estos diversos espacios, es una en el sentido de que vivo en un medio propio, que es único e intransferible, es, como escribe María Zambrano, mi realidad viviente.³⁷

Las distintas temporalidades de mi existencia me permiten realizarme, por esto puedo decir que son para mí un medio, y a diferencia de lo que postula el orden patriarcal no conducen hacia la decadencia, mi encuentro, o mejor dicho, mi coincidencia con los distintos tiempos que experimento, es lo que puedo llamar exactamente mi vida.

Es importante que pueda moverme con ligereza por estos diversos tiempos, yo lo consigo cuando encuentro las mediaciones necesarias que me permiten no dejarme seducir por las trampas del tiempo del patriarcado, que no me deja pensar.

Puede ilustrar el conflicto con el tiempo de cronos, la demanda cada vez mayor de tiempo que exige la burocracia universitaria, y la burocracia en general, como todas sabéis y padecéis. La burocracia nos sume en un mundo legalista y reglamentista —que a demás parece contagioso—, y que al menos a mí, en ocasiones me disuade del hacer, me paraliza, y siempre me produce una gran fatiga, que a penas logro superar con un gran deseo y trabajando en relación. Para mí fue una gran experiencia del peso, del sinsentido y del peligro de la burocracia la petición a la Universidad de Barcelona para convertir Duoda en un instituto de investigación de la citada universidad.

Remei, Milagros, algunas otras mujeres de Duoda y yo misma constatamos que muchos de los documentos que nos pedía el vicerrectorado ya tendrían que estar en poder de la universidad. Nos pedían los resultados de nuestras investigaciones, las publicaciones, la llamada transferencia de conocimiento a la sociedad, nuestros *currícula*, que —algunos en más de una ocasión— ya habían sido enviados desde Duoda a otras instancias universitarias distintas ¿cómo pueden gobernar una casa— y la universidad de Barcelona, especialmente, es una casa bien grande— cuando dentro de la propia universidad unas instancias de gestión desconocen lo que hacen las otras? Tuvimos que enviar de nuevo todos los documentos que nos pedían, todo ello nos generó gran cansancio, que se multiplicó al ver que no se reconocía el valor de la investigación de calidad realizada en Duoda y, que por tanto, no se nos reconocía autoridad. Este hecho me puso ante los ojos una

evidencia que ya conocía pero que fue dolorosa, en Duoda nos guía el deseo y el gusto de investigar en relación y se reconocía autoridad sólo a aquellas universitarias que trabajaban, desde otras perspectivas, también para hacer avanzar los estudios de las mujeres, y la estructura universitaria supo aprovechar bien las diferencias de perspectiva de análisis para, moviéndose con criterios que obedecen a la lógica del poder, no aprobar nuestra solicitud.

El rechazo de nuestra solicitud fue una lección dura y dolorosa para mi cuerpo y mi alma –como lo fue también para Remei. Yo no fui capaz en ese momento –creo que ella tampoco– de saber exactamente por qué, qué era aquello que aún no podía explicarme a mí misma, qué era lo que me pasaba? Unos meses después, una conversación con Milagros me permitió iluminar un poco los hechos para entender qué me había pasado. A pesar del trabajo político que creía haber llevado a cabo, y a pesar de que todo el proceso fue acompañado con una intensa y significativa relación con Remei y Milagros, me había responsabilizado del futuro de Duoda, había asumido algo que no me tocaba y había caído en la trampa que me tendía el patriarcado.

El patriarcado obedece a la lógica del poder, y el poder, los poderes están más interesados en el olvido del presente que en valorar la importancia y la fuerza de este tiempo. Por esto no potencian las decisiones en el presente o que atañen al presente, sino aquellas que nos llevan, me llevan a añorar o a arrepentirme del pasado, y aquellas que me conducen a la preparación o previsión del futuro. El poder universitario en el caso de Duoda me responsabilizaba de las culpas del futuro, otras veces me puede inducir a la mala conciencia sobre el pasado. Esto fue lo que me paralizó, lo que yo no podía explicar. Esto lo veo cada día, no sólo en la universidad, lo vemos todas en la prensa y otros medios de comunicación, el poder nos proyecta constantemente hacia la previsión del futuro –a través de los planes de pensiones, con los anuncios de grandes eventos que se suceden y sustituyen unos a otros, a través del anuncio de un nuevo ciclo económico, político, cultural.

El poder sabe tocar la fibra de la esencia, sabe que si vivo, si vivimos

constantemente en el futuro y del futuro, vivo de expectativas, vivo obedeciendo al modelo o cliché que los otros y las otras esperan de mí en todos los órdenes de la vida personal, familiar y social. Es entonces cuando estoy perdida, porque asumo el rol que el patriarcado espera de mí y me demanda: de hija, hermana, profesora, investigadora, otras de madre, de ama de casa, de profesional liberal, de estudiante, etc.

Yo había depositado gran parte de mis deseos en el tiempo futuro, dejando de tener conciencia de mi presente en Duoda que era el que me permitía romper esta dinámica, sin vivir un presente sin historia –que sí la tenemos, y rica en Duoda, una historia de veinte años de investigación, docencia y de trabajo en la política de las mujeres– y sin futuro. Lograré romper la dinámica si soy consciente de que mi vida en Duoda en el presente es el mejor recuerdo del pasado, porque en ella queda realmente lo que he salvado de mi pasado; y también soy consciente de que mi presente es ya una parte del futuro, porque el presente constante es lo que constantemente acaece y llega.

Los departamentos universitarios aún hoy ponen trabas a nuestra manera de hacer y a nuestra manera de experimentar el tiempo.

Las profesoras y profesores nos vemos abocados a atender las cada vez más agobiantes tareas administrativas sin sentido, es una exigencia desmesurada, así, a pesar de los reiterados discursos sobre la necesidad de elevar la calidad de la docencia –yo diría de cuidar la docencia-, la estructura universitaria aboca a las profesoras y a los profesores a descuidar sus clases para atender las crecientes y agobiantes tareas administrativas. Esta voracidad burocrática que nos atosiga parece contagiosa, y nos muestra la cara de un mundo legalista y reglamentista que nos puede disuadir de persistir en la acción, y llevar a cabo aquellas actividades que impulsan nuestros más caros deseos.

Yo he intentado hoy poner en palabras algunos de los nudos que me impiden atravesar el tiempo de cronos, para transitar con relativa comodidad en todas las temporalidades de mi vida entera tanto en la docencia –

con la palabra dicha- como en la investigación –con la escritura-, ya que ambas forman parte de mi trabajo como universitaria, y son, al menos, para mí indisociables. Mi tiempo –o mis tiempos- de creación con la palabra y con la escritura son consideradas tareas esencialmente intelectuales, aunque evidentemente tienen como mediador –con lo real-³⁸ mi cuerpo, pero con demasiada frecuencia, yo, como otras mujeres, olvidamos que nuestro cuerpo es materia viva, que deja aflorar su experiencia gozosa o dolorosa como síntoma de felicidad o de tensión o ansia. En muchas ocasiones el ritmo de mi cabeza y el ritmo de mi cuerpo no van acompasados, y esto provoca un malestar que se concreta, con claridad, en molestias, en dolores, en contracturas en distintas partes de mi cuerpo. Para mí, este es un síntoma de que me he desorientado, me he perdido a lo largo del camino de la vida, he dejado de ser fiel a mí misma, a mi cuerpo de mujer, que me remite y me conecta a la matriz de la vida, a mi madre, con la que estaba unida antes de traerme al mundo.

Mi cuerpo es mi lugar originario, que primero se confunde con el de mi madre para luego desprenderse de él, y con respecto al cual se engendra un orden. Por eso una tradición milenaria hace del microcosmos corporal un modelo del mundo. Muchas lenguas han conservado hasta hoy la memoria de la percepción primera de la que se deriva todo, con la expresión: “estar bien en nuestra piel”, “trobar-se bé en la pròpia pell”.³⁹

En la unicidad de la experiencia humana, la temporalidad, el espacio, el pensamiento y el lenguaje remiten conjuntamente al cuerpo, y a su alrededor se crea el mundo.

Mi experiencia me dice que la desconexión entre mi cuerpo y mi mente es mayor si no consigo moverme con agilidad a través de las diversas temporalidades de mi existencia. Mi cuerpo y mi alma van más a una cuando consigo establecer relaciones verdaderamente significativas, cuando escucho mis deseos, y cuando los escuchan también aquellas y aquellos con las y los que comparto mi tiempo de necesidad, cuando acepto y soy de verdad origen de algo, cuando encuentro las mediaciones que consiguen aflojar, si no desatar del todo, algunos de los nudos de mi experiencia temporal, de la

relación entre los tiempos de la vida y el tiempo de mis creaciones en el trabajo.

Este nudo o bloqueo entre mi cuerpo y mi alma tiene puntos de contacto con el nudo que perciben muchas mujeres cuando viven la experiencia de la creación de la maternidad, también ellas tienen, en ocasiones, dificultades para transitar entre los distintos tiempos, que ya he señalado son características de la relación de la madre con su criatura. También muchas madres entran en conflicto con el tiempo de cronos, y entonces ellas no saben donde va cada cosa, donde va cada tiempo. Yo lo percibía cuando una de las profesoras que tuve durante la carrera llevaba a alguno de sus bebés a clase o a las juntas de facultad, percibía que ella lo llevaba, no porque no tuviese con quién dejarlo –que algunas veces también, aunque su marido decía que estaba en el paro– sino porque no era capaz de ordenar sus tiempos, y dejaba que una parte de su tiempo de la necesidad –el de sus clases– se enredase en los tiempos del cuidado, de la atención, en los tiempos de la maternidad.

Creo que la maternidad es una de las experiencias de creación que conectan más el alma y el cuerpo, porque el embarazo, el parto, los primeros años de vida, –como mostrará Daniela– y hasta bien avanzada la niñez, la madre tiene una experiencia física intensa, y para algunas esta experiencia y conexión con su criatura perdura durante gran parte de la vida.

Mi experiencia del tiempo me evidencia que para que el tiempo del trabajo, de mis creaciones necesarias –de las clases, de la investigación, del cuidado de la casa, etc.– no quite tiempo al tiempo de la vida, tengo que escuchar con atención mi cuerpo, porque es éste el que me envía señales del conflicto entre los tiempos de creación de vida y el tiempo del trabajo, es el que me avisa de que me he desenraizado de mí misma, y de que debo recuperar la orientación y la guía del origen, que es mi madre. Tengo que hacer que el tiempo de mis creaciones sea fértil, tenga calidad, para que, como se dice coloquialmente, el tiempo me cunda más, para que me revierta de nuevo, para que me de una dimensión tangible, y no sólo pensable, de mí misma.

El tiempo de las reuniones de investigación y de la Comisión Permanente de Duoda es un tiempo fértil, es un tiempo que me da, que siento que me revierte de nuevo, mientras que el tiempo de muchas de las reuniones de mi departamento me da poco, o no me da nada –y en ocasiones incluso me quita, me quita energía y deseo–.

Mi tiempo en Duoda no es un tiempo lleno, que desborda, es un tiempo en el que muy a menudo acaece algo, y ese algo me importa, no me es indiferente, y esto es lo que me da vida y energía. En muchas reuniones, al hilo de cualquier hecho –casi como si no tuviera importancia–, de un hecho que incluso puede parecer nimio, surgen comentarios que realizados en relación generan, como dice Chiara Zamboni, las chispas de calidad, que muestran que en ese tiempo está también nuestra alma. Y estas chispas en Duoda duran, porque las cuidamos, mientras que en mi departamento, suelen extinguirse con relativa rapidez.

Así, en la penúltima comisión permanente cuando Milagros nos comentaba una reunión con dos alumnas o ex alumnas muy jóvenes de la Facultad que le pedían consejo porque querían reeditar un texto clásico del feminismo –el manifiesto Scum–, algunas de las mujeres de la comisión permanente opinaron que tal vez ya no era un texto para hoy, que ya le había pasado su momento, pero al cabo de un instante, estábamos viviendo que sí, que las jóvenes habían acertado y aún no le había pasado el momento, era un tema no previsto, pero el estar despiertas, conscientes, generó las chispas de las que nos habla Chiara Zamboni. Esto que os relato, pasa por gracia muchas veces, porque nuestras prácticas en Duoda ponen en juego el partir de sí de cada una y me permiten vivir momentos dispares y absolutos de mi experiencia.⁴⁰

Yo quiero que mi tiempo sea radicalmente -de raíz- femenino, un tiempo fuerte y a la vez delicado, que no frágil, que mantiene la tensión, no el conflicto entre la necesidad que vivo cotidianamente, la necesidad de la existencia –mi trabajo-, y lo trascendente –lo absoluto, lo incommensurable–, que no es reducible a esta necesidad. Están en tensión porque una no es real sin el otro –la necesidad sin el absoluto– y lo

trascendente tampoco es real sin la necesidad –es la nada que ilumina la necesidad.⁴¹

“Escuchar” con atención “mi cuerpo” para que el tiempo del trabajo, de mis creaciones –necesarias–, no quite tiempo a la creación de vida. No quedarme prendida en el tiempo que me marca la burocracia. No estoy diciendo que no haré las peticiones de dinero para realizar mis deseados proyectos, que no cumpliré los plazos –que es una cosa con la que las mujeres tenemos, con frecuencia, una difícil relación–, quiero decir que tal vez la medida esté en hacer lo mínimo, hacer la petición, cumplir el plazo que marca cronos –para que no nos dejen fuera, para cumplir, simplemente– pero hechos estos mínimos, cumplidos los plazos, hacer trabajo de relación y de confianza que pueda romper la desconfianza y desplazar un poco la burocracia universitaria y administrativa en general, y acercar el tiempo de los plazos de las peticiones a nuestra forma de entender la investigación, la docencia, la gestión, la política, en suma, la vida. Las prácticas –una de ellas es una gran aportación de la política y del pensamiento, fundamentalmente, femenino, pero no exclusivamente–⁴² que ponemos, que intento yo poner en juego en Duoda, y también en mi departamento.⁴³ La práctica del partir de sí es difícil si no se dan relaciones de autoridad y de confianza, y es una práctica que no está ni a favor ni en contra de los usos ni de las instituciones: simplemente lo que queremos, quiero, conseguir es volver a atravesarlas, tomando el padecer del alma como medida para orientarme en ellas.⁴⁴

El cumplir en la justa medida me lo enseñan en Duoda muchas mujeres cada día, mi sirvió de ejemplo la labor de Milagros y Gloria al entregar por primera vez la petición de máster oficial a la universidad, como no podían entrar en los formularios, hicieron lo que pudieron, pero lo hicieron. La universidad, nos podía decir –nos dijo– “no”, pero ese “no” dirimía otras cuestiones, no incompetencia o desidia, ese “no” obedecía a las dinámicas de poder de la propia institución, poco tenía que ver con la forma de entender el saber y la política de las mujeres que se presentaba en nuestros másters. Me sirve de ejemplo lo que hace Remei para simplificar y clarificar nuestro trabajo al frente de Duoda.

Cuando no logro frenar las exigencias del tiempo de cronos, y no consigo que mi cuerpo y mi mente sean una única cosa, antes o después, la fatiga suele vencerme. Mi cuerpo me alerta de que hay una contradicción, que me estoy dejando llevar, me estoy alejando de mi raíz como mujer, no estoy pensando desde mí. Podía decirnos que cuando esto ocurre estoy en una pelea entre mí y mí, he perdido la armonía⁴⁵ que me remite a la armonía de mi cuerpo en el vientre materno, o la armonía de cuando era pequeña. Cuando se produce está contradicción, entonces necesito hacer un vacío, necesito, un tiempo de espera, el tiempo de la inactividad, incluso física. A pesar de esto, cuando no se bloquea la relación entre mi cuerpo y mi alma disfruto, necesito y sé que aprovecho el tiempo del ejercicio físico, este es un tiempo que me dedico a mí misma, es un tiempo de relación con mi propio cuerpo.

Y deseo acabar con palabras de Simone Weil, “¿qué es el tiempo fuera de mi pensamiento? ¿Qué serían sin mí, que los pienso, el presente y el futuro?”⁴⁶

Muchas gracias a todas y a todos por la atenta escucha.⁴⁷

notas:

1. Sobre el tiempo han reflexionado y escrito mujeres y hombres a lo largo de la historia desde distintos campos del saber y desde la experiencia. Lo han hecho desde la filosofía, la metafísica, la mística, la literatura, la historia, las artes plásticas, el cine, ...

2. Cfr. María Zambrano, *El sueño creador*, Madrid: Edics. Turner, 1986, pp. 23-24.

3. El tiempo y su naturaleza han centrado la reflexión y discusión en muchas sociedades históricas.

4. Paradójica en cuanto que sí sabemos de qué hablamos cuando hablamos del tiempo, hablamos del pasado –del antes-, del presente –del ahora- y del futuro –el después-. Véase Guadalupe Valencia García, *Entre cronos y kairós. Las formas del tiempo sociohistórico*, Barcelona-México: Anthropos-UAM, 2007, p. 1. El tiempo de la experiencia aunque sea una paradoja, no es una contradicción,

es en todo caso una incomodidad, un estorbo. Pero ni el tiempo de la experiencia, ni la misma vida están llenos de contradicciones –aunque el lenguaje corriente lo recoja–, están llenos de sorpresas, perplejidades y paradojas, como decía María Zambrano. Véase Pilar Trenas, Entrevista a María Zambrano (1904-1991), en DUODA. *Revista de Estudios Feministas*, 28 (2003), pp. 141-165. Las contradicciones verdaderas pertenecen al terreno de la lógica. Véase también Josep M^a Terricabras, “El temps de l'experiència”, en AA.VV. *El temps i la humanitat*, Barcelona: Edics. 62, 2003, p. 16.

5. El pensamiento y la literatura occidentales recogen esta perplejidad ante el tiempo. Sin pretender ser exhaustiva, y a modo de ejemplo, cabría citar entre otras autoras y autores a Heráclito (siglo VI aC), Aristóteles (385-322 aC), san Agustín (354-430 aC), San Pablo (ca.10, 15 - ca. 65, 67), Wilhelm Dilthey (1833-1911), Ilya Prigogine (1917-2003), Henri Bergson (1859-1945), Simone Weil (1909-1919), Alfred North Whitehead (1816-1947), Martin Heidegger (1889-1976), María Zambrano (1904-1991), y escritoras como Marguerite Yourcenar (1903-1987) en su obra *El tiempo, gran escultor*, Madrid: Alfaguara, 2002, o escritores como Herbert George Wells (1866 -1946), y artistas como Joan Brossa (1919-1998).

6. El tiempo presente es el que tiene verdadero valor cualitativo y es el que conocemos más. Algunas filósofas y filósofos consideran que el presente es el tiempo que se deshace ante nuestros ojos. El presente es el tiempo que discurre constantemente, está en tránsito, y por ello tiende a dejar de ser, para convertirse en pasado, o simplemente pasar. Las criaturas humanas experimentamos, con frecuencia, también como presente el tiempo pasado y el tiempo futuro que imaginamos y avanzamos. Véase Josep M^a Terricabras, “El temps de l'experiència”, en AA.VV. *El temps i la humanitat*, Barcelona: Edics. 62, 2003, p. 13.

7. Del pasado, del presente o del futuro. Las y los que han reflexionado sobre el tiempo hablan de la flecha del tiempo para hacer referencia a la irreversibilidad de la temporalidad.

8. El tiempo que experimentamos como una realidad que deja marcas y surcos innegables de su paso parece que sea una cosa que no existe propiamente. Como dicen algunos pensadores y pensadoras “el tiempo es lo que no es”. Es bien extraño, pues, que podamos saber de qué hablamos cuando hablamos del tiempo si el tiempo no existe, porque no parece que podamos saber que es una cosa que no existe, que no es. Véase Josep M^a Terricabras, “El temps de l'experiència”, *op. cit.*, p. 11.

9. Ya lo decía san Agustín (354-430) cuando se preguntaba “¿Qué es pues el tiempo? Si nadie me lo pregunta lo sé, pero si alguien me lo pregunta, y yo intento explicárselo, entonces no lo sé”. Véase san Agustín, *Confessions*, intr. y trad. de Miquel Dolç, Barcelona: Proa. Clàssics del Cristianisme, 1989, XI, cap. 14.

10. La Grecia clásica consideraba que la historia del mundo era básicamente repetitiva y uniforme, de estructura circular.

11. El refranero lo recoge con la expresión: “la ocasión la pintan calva” haciendo referencia a su personificación. La diosa “Ocasión” era representada por los clásicos como una mujer hermosa y con alas, como símbolo de la fugacidad con que pasan ante la criatura humana las buenas ocasiones u oportunidades. La diosa aparecía de pie sobre una rueda – que corría sin pararse- y con un cuchillo en la mano, llevaba la cabeza adornada por delante con una abundante cabellera, mientras que por detrás, era totalmente calva.

12. Zeus, fue el sexto hijo, consiguió escapar de su padre, y lo destronó, por eso es el dios que preside el panteón de todos los dioses.

13. Platón y otros autores posteriores hablan de aión como sinónimo de eternidad. Por eso se habla del aión que abandona el ser humano en el momento de su muerte: se acaba su tiempo. Véase Josep Maria Ferriola, “El fil encadenat o el temps en les cultures” en AA.VV., *El temps i la humanitat*, Barcelona: Ed. 62, 2003, p. 58.

14. Simplificando mucho podría decir que se dio este nombre a un movimiento herético anterior y posterior al cristianismo que se apoyaba en revelaciones o tradiciones secretas que se decían procedentes de Cristo y de sus Apóstoles. Fundamentalmente las y los que formaban parte de este movimiento pretendían dar del cristianismo y de la totalidad del universo invisible y visible una interpretación trascendente y exhaustiva, accesible sólo a las y los iniciados, a un grupo de “conocedoras y conocedores”, de “sabios”, de *gnostikoi*, superior por naturaleza a las otras dos clases de la humanidad formada por los cristianos ordinarios –“psíquicos”- (que tienen un alma, pero no poseen el Espíritu) y, por los –*hylicos*– (que están sometidos al cuerpo y a la Materia). El gnosticismo fue dando lugar a nuevos grupos con concepciones diversas que afectaron tanto al cristianismo como al judaísmo como a otras formas de pensamiento filosófico. Henri-Charles Puech, “El problema del gnosticismo”, en *Revue de l'Université de Bruxelles*, XXXIX, núm. 2, (diciembre-enero, 1934-1935), pp. 137-158, y núm. 3 (febrero-marzo, 1934-1935), pp. 295-314, e Ídem, “Tiempo, historia y mito en el

cristianismo de los primeros siglos”, en *Proceedings of the 7th. Congress for the History of Religions*, (Amsterdam, septiembre 1950), Amsterdam, 1951.

15. Henri-Charles Puech, *En torno a la Gnosis. La gnosis y el tiempo y otros ensayos*, Madrid: Taurus, 1982, pp. 267-324. Agradezco esta indicación bibliográfica a M^a Josep Balsach Peig.

16. Así, en la cultura de la China tradicional se apreciaba hasta tal punto la calidad del tiempo, que esta era tomada para ordenar la vida. Cada tiempo, con todos los elementos que lo marcaban, llegaba, pasaba y volvía a llegar, se volvía a marchar otra vez para volver una y otra vez. En la cultura tradicional china se creía que no era necesario cuantificar, porque lo que más se valoraba era lo que pasaba en cada período, lo que caracterizaba cada fragmento de vida era un estado o suceso concreto de la naturaleza: los brotes de las plantas en primavera, los cantos de los pájaros. Cada parte del ciclo anual estaba marcada por una suma de elementos que, mezclados con un determinado estado de la conciencia particular, situaban cualitativamente el tiempo, de hecho lo determinaban. El tiempo abstracto no existía, no se entendía una medida cronológica abstracta y externa. El tiempo era sólo una creación del ser vivo para medir sus propios cambios. Esta era la idea básica de la sabiduría clásica china, expresada en el poema del libro de Lao Tse, Tao Te Ching. Véase Lao Tse, Tao Te Ching, versión de Oasis, Barcelona, 1995, cit. en Josep Maria Feriela, “El fil encadenat o el temps en les cultures”, *op. cit.*, p. 65.

17. Hay discordancia entre los tiempos de cronos y kairós.

18. Tal vez sería útil para entender y explicar bien la perplejidad que nos provoca el tiempo, fijarnos en el tiempo de la experiencia, en lugar de hacerlo en la experiencia del tiempo. Porque como señalan algunas y algunos filósofos no es suficiente experimentar el tiempo, es necesario que identifiquemos cuál es el tiempo en el que se produce la experiencia. Lo que nos deja perplejas y perplejos es el entender las experiencias del tiempo, formularlas y definir las. Hay que subrayar que la experiencia del tiempo se hace, fundamentalmente, siempre en el presente. Véase Josep M^a Terricabras, “El temps de l'experiència”, *op. cit.*, p. 11.

19. El tiempo presente es el que tiene verdadero valor cualitativo, y es el que conocemos más. Algunas filósofas y filósofos consideran que el presente es el tiempo que se deshace ante nuestros ojos, el presente es el tiempo que discurre constantemente, está en tránsito, y por ello tiende a dejar de ser, para convertirse en pasado, o simplemente pasar. Las criaturas humanas experimentamos, con frecuencia tam-

bién, como presente el tiempo pasado y el tiempo futuro que imaginamos y avanzamos. Véase Josep Mª Terricabras, “El temps de l'experiència”, *op. cit.*, p. 13.

20. Luisa Muraro, *El orden simbólico de la madre*, Madrid: horas y HORAS, 1994.

21. El tiempo natural sirve de base al tiempo cultural.

22. El tiempo social o cultural, que comprende también el tiempo del patriarcado, es un tiempo arbitrario que nos somete. Es el tiempo en el que podemos quedar atrapadas y presas como por hilos invisibles de la temporalidad tecnológica. El tiempo social genérico marcado por los relojes, agendas y calendarios va sumando minutos, horas, días, meses y años. Cada una de estas dimensiones contiene cuantitativamente las anteriores.

23. Muchas autoras y autores que han reflexionado sobre el tiempo, coinciden en señalar tres dimensiones distintas y universales del tiempo, estas dimensiones son básicas en muchas culturas. Así se habla del “tiempo de la naturaleza” que sería el tiempo del universo, el tiempo cósmico, del “tiempo de la cultura o tiempo social” que comprendería también el tiempo del patriarcado, pero no sólo, y el tiempo vivencial que experimentamos cada una y cada uno, el llamado “tiempo subjetivo”. Un buen ejemplo de la diversa consideración de estos tiempos a lo largo de la historia occidental, lo representa la multiplicación por doquier del reloj de arena. Según el filósofo alemán Ernst Jünger, los antiguos recipientes de arena medían solo la cantidad de tiempo que se tenía que medir. Esta forma de medir el tiempo, nos muestra que prevalecía así la percepción subjetiva del tiempo, los anhelos y las calidades humanas que le daban contenido. Véase Ernst Jünger, *El reloj de arena*, Barcelona: Tusquets, 1998.

24. Luisa Muraro, “Partire da sé e non farsi trovare...””, en Diótima, *La sapienza di partire da sé*, Nápoles: Liguori, 2001, p. 12.

25. Luisa Muraro, Luisa Muraro, “Partire da sé e non farsi trovare...””, *op. cit.*, p. 12.

26. La calidad de mi tiempo es lo más importante. Mi tiempo—tiempo individual, vivido en relación— tiene extensión (experiencia) y tiene profundidad (conciencia). Lo que percibe mi conciencia no es el tiempo, sino la experiencia que tengo de cada momento.

27. Simone Weil, *La gravedad y la gracia*, trad. de Carlos Ortega, Madrid: Trotta ed., 2001, pp. 207-209.

28. La aceleración y la multiplicación de las reuniones son necesarias para el tiempo dominante, este necesita llenar las agendas, necesita tener un tiempo “ocupado” al máximo. Así, simplemente se consigue poner en un mismo plano subjetivo el pasado, el presente y el futuro, viciando completamente la conciencia del tiempo que da lugar a una temporalidad que yo calificaría de plana, sin relieve alguno. Véase Josep Maria Ferriola, “El fil encadenat o el temps en les cultures”, *op. cit.*, p. 76.

29. Mi atención a la necesidad manifiesta que reconozco mis límites, límites impuestos a mi ser criatura viva, y es una aceptación de mi dependencia de ellos. Yo sé que algo es una necesidad si cuando la satisfago se produce una distensión, una aquietamiento, si no se produce estoy ante un deseo. El deseo, como decía Simone Weil, es un movimiento –que genera una energía “de más”- que nace de mi incapacidad de soportar el vacío de la monótona repetición del existir. Véase Chiara Zamboni, “Simone Weil: entre la necesidad y el deseo”, en Carmen Revilla (ed.), *Simone Weil: Descifrar el silencio del mundo*, Madrid: Trotta ed., 1995, pp. 73, 75.

30. No debo llenar siempre el tiempo de cronos, el tiempo secuencial, el tiempo de la agenda desbordada, tengo que dejar un vacío en este tiempo para no perder el sentido de la relación. Tengo que poner el tiempo en lo que yo quiera y no sólo en la supervivencia. Por eso hoy decimos que la riqueza está en el tiempo, en disponer de tiempo para lo que importa, no llenar todos mis tiempos con el tiempo del trabajo, que es también el tiempo de la necesidad.

31. María Zambrano, *op. cit.*, p. 24.

32. Son las experiencias las que hacen posible el tiempo con medida humana. Por esto percibo como un tiempo corto, el tiempo de las experiencias agradables: una reunión fértil, un día de trabajo bien hecho, una comida rica, unos días de descanso, etc., y percibo y me resultan largas las experiencias desagradables o fatigosas: la corrección de los exámenes, la burocracia, algunas de las áridas reuniones de mi departamento, una enfermedad, etc. Esto señala que el tiempo sólo es problemático cuando lo noto, cuando aparece como la suspensión de una cosa que me gusta o como la continuación de una que me disgusta. El tiempo se hace, a veces, eterno cuando una o uno espera que otras personas lo llenen. Es decir, el problema es, sobre todo, la percepción del tiempo.

33. Vivir en el tiempo significa vivir en el presente, sin dejarme arrastrar hacia el pasado por el discurrir del calendario. Y aunque como historiadora pienso que es

importante no olvidar el pasado y no subestimar las posibilidades del futuro, como mujer pienso que es fundamental no olvidar el presente, tener plena conciencia de este tiempo. Vivir el presente de forma consciente me permite no vivir en el recuerdo del pasado, ni en la permanente expectativa del futuro. Vivir en el presente me permite tomar conciencia de la experiencia o experiencias que estoy viviendo desde mí misma, desde mi ser mujer.

34. María Zambrano, *El sueño creador*, Madrid: Turner ed., 1986, p. 19.

35. Simone Weil, "Du temps", en *Oeuvres complètes. I. Premiers écrits philosophiques*, ed. de A. Devaux y F. de Lussy, Paris: Galimard, 1988, pp. 43-44, cit. en Carmen Revilla, *Simone Weil: nombrar la experiencia*, Madrid: ed. Trotta, 2003, pp. 171-172.

36. Las criaturas humanas sabemos que existe algo más allá de la supervivencia, aunque con frecuencia no sepamos ver lo que es, no sepamos darle nombre a lo que buscamos. Véase Chiara Zamboni, "Simone Weil: Entre necesidad y deseo", en Carmen Revilla (ed.), *Simone Weil: Descifrar el silencio del mundo*, Madrid: Trotta ed., 1995, p. 78.

37. María Zambrano, *op. cit.*, p. 23.

38. Chiara Zamboni, "Entre la realidad y el deseo", en Carmen Revilla, *Simone Weil: Descifrar el silencio del mundo*, Madrid: Ed. Trotta, 1995, p. 79.

39. Paul Zumthor, *La medida del mundo. Representación del espacio en la Edad Media*, Madrid: Cátedra, 1994, pp. 18-24.

40. Chiara Zamboni, "Il materialismo dell'anima", en Díotima, *La sapienza di partire da sé*, Nápoles: Liguori ed., 2001, pp. 166-170.

41. Chiara Zamboni, "Simone Weil: Entre necesidad y deseo", en Carmen Revilla (ed.), *op. cit.*, p. 79.

42. Luisa Muraro dice que buena parte de la obra de san Agustín es un claro ejemplo de teología hecha desde el partir de sí. Véase Luisa Muraro, "Partire da sé e non farsi trovare...*", en Díotima, *La sapienza di partire da sé*, Nápoles: Liguori ed., 2001.

43. He aprendido, durante estos años en Duoda –y lo he llevado a mi departamento, y esto sí ha dado frutos, como el seminario de cultura escritas, o las conferencias de estudios de las mujeres, etc.-, que debo huir de la rigidez que me puede llevar a un "así se debe hacer", cuando pongo en práctica mis deseos, cuando me convierto en origen de algo. Véase Chiara Zamboni, *op. cit.*, p. 170.

44. Chiara Zamboni, ob. cit., p. 169.

45. Es decir he perdido el contacto con lo real, como tensión entre la necesidad en que vivo corrientemente, la necesidad de mi existencia y lo trascendente, lo absoluto, que no es reducible a esta necesidad. Esta tensión no es real, si la necesidad se queda sin el absoluto, y éste tampoco lo será sin la necesidad. Chiara Zamboni, "Simone Weil: Entre necesidad y deseo", en Carmen Revilla (ed.), *Simone Weil: Descifrar el silencio del mundo*, Madrid: Trotta ed., 1995, p. 79. Sobre lo real dice María Zambrano: "que algo sea sentido como real vale decir: independiente de mí, no proveniente de mí, proveniente de ese fondo innominado de donde sentimos que surge lo real. Lo que se entiende por realidad en sentido paradigmático es el sentirla venir de un último fondo... viene a mí proponiéndome algo: ser descifrada, ser captada". Véase María Zambrano, *El sueño creador*, Madrid: Edics. Turner, 1986, p. 22.

46. Simone Weil, *Cuadernos*, trad. de Carlos Ortega, Madrid: Trotta ed., 2001, p. 159.

47. Cuando este artículo estaba ya cerrado leí –en El País Semanal– la entrevista con la socióloga María Ángeles Durán en la que la investigadora hablaba de la inminente publicación de su último trabajo centrado en el valor del tiempo. Dado que en el momento de consignar este texto aún no se ha distribuido el libro y por tanto no he podido consultarlo, aprovecho ahora las pruebas para reseñar bibliográficamente su trabajo. Véase María Ángeles Durán, *El valor del tiempo. ¿Cuántas horas te faltan al día?*, Madrid: Espasa Calpe, 2007.

Fecha de recepción del artículo: mayo de 2007. Fecha de aceptación: junio de 2007.

Palabras clave: –Tiempo de vida – tiempo de creación – *kairós* – *cronos* – temporalidad – experiencia – ser fiel al origen – orden simbólico de la madre – creación de vida – creaciones femeninas – vida – amor.

Keywords: – Life time – creation time – *Kairós* – *cronos* – temporality – experience – being faithful to the origin – symbolic order of the mother – creation of life – feminine creations – life – love.